

Si todos los mexicanos pusiésemos en nuestra vida y en nuestras acciones, un destello del espíritu de orden y de probidad á que el Gral. Díaz ha debido sus más preciados triunfos en las grandes empresas que ha acometido y llevado siempre á feliz término, no sólo labraríamos seguramente nuestra propia felicidad, sino que contribuiríamos en mucho al engrandecimiento de la patria.

X

ENERGIA, JUSTICIA Y CLEMENCIA

«SUAVIDAD EN LAS MANERAS.

FIRMEZA Y RECTITUD EN LOS PRINCIPIOS.»

El hombre débil de carácter no sólo es incapaz de crear su propia fortuna y su personal felicidad, sino que hará indefectiblemente desgraciados á cuantos le rodeen y les arrastrará en su ruina. Puesto que la vida es lucha cruenta y perenne, y en ningún género de combate puede vencer la debilidad, es evidente que nadie triunfará sin energía en la vida.

Pero la energía que no se hace amable por la bondad, ni respetable por la justicia, es repugnante, es odiosa, deja de ser virtud humana y se rebaja á instinto de fiera. Los hombres enérgicos que desconocen la generosidad y la tolerancia, pisotean al humilde y todo lo sacrifican al logro de sus ambiciones; triunfarán y llegarán á dominar, pero atrayendo sobre sí la execración general; se harán temer, pero no amar, y empañarán su obra, por grande y útil que sea, con el hálito emponzoñado de los rencores que provocaron.

Lo hermoso, lo admirable, lo digno de imitación, es la energía de aquellos seres privilegiados que han sabido proteger al débil, tender la mano al caído, guiar al que se extravía, sostener al que

desfallece, convencer al que duda, perdonar las pequeñeces y con-temporizar con la flaqueza humana; y al mismo tiempo, ser inexorables con el perverso y con el traidor que no ofrezcan esperanza de redención. Los hombres que de tan noble y humana manera emplean su energía, aparte de realizar empresas que parecen por su magnitud extrahumanas, conquistan el amor, la gratitud y la veneración de sus contemporáneos y de la posteridad; y si ya no es dado que, á través de la leyenda, se conviertan en profetas ó en semidioses, la historia les da en cambio imperecedero y más sólido renombre.

De esta especie excepcional y ejemplar es la energía del regenerador de México; y á esa energía, templada por la bondad y la tolerancia y ennoblecida por la justicia más pura y más impersonal, debemos la creación de nuestra nacionalidad, que hace cuarenta años estaba en embrión y corroída por la gangrena de la discordia y que hoy es sana, vigorosa y va en rápido crecimiento.

En aquella época tremenda, no fueron por cierto las energías las que faltaron; pero como la del temible Padre Miranda, como la de Gutiérrez Estrada ó como la del sanguinario Márquez, ó defendían intereses mezquinos, ó andaban extraviadas, ó se deshonraban por el crimen y la crueldad. Como todo extremo es vicioso, la energía de Juárez, por inflexible no era humana y, por tanto, era incapaz de llevar á cabo la obra de conciliación y de amor, sin la cual la vida de la patria hubiera sido imposible y lo fué de hecho, mientras no hubo quien supiese ser «suave en las formas, firme en los principios.»

Busquemos en los hechos del General Díaz el ejemplo que debemos imitar para ser enérgicos sin hacernos odiosos.

Vimos ya en otro capítulo cuál fué su labor administrativa en el gobierno de Tehuantepec y cómo devolvía beneficios á cambio de asechanzas y ataques. Vamos á ver ahora qué procedimientos empleó para hacer triunfar moralmente su causa entre los entonces fanáticos istmeños.

El General Díaz Ordaz, Gobernador del Estado de Oaxaca y primo del en esa época Teniente Coronel Díaz, es decir, su superior militar y civil, le escribió en carta particular, durante esa campaña: «Si fusilas otros *patricios*, te haré procesar.» Respuesta: «Puedes hacerme procesar desde luego, porque si aprehendo á otros en circunstancias semejantes, los pasaré por las armas..... Ye he perdonado á algunos y toman mi indulgencia por miedo.»

¿Quiénes eran los *patricios* y en qué circunstancias se les había aprehendido, que ameritaran ese rigor? Eran feroces zapotecas, bandidos, no soldados, que so pretexto de defender la religión, asesinaban escondidos tras los matorrales, envenenaban el agua, y se valían de las seductoras tehuanas para atraer á los soldados liberales á infames celadas.

Luego el Teniente Coronel Díaz era un jefe sanguinario que hiciera la guerra á sangre y fuego. Todo lo contrario, este mismo hombre, incommovible con los *patricios* traidores, en la misma época y para atraer á la causa liberal á un grupo de juchitecos fanáticos, pero gente de buena fe, se arriesgó á ir sólo, sin armas y sin más compañía que la del virtuoso dominico Fray Mauricio López, á meterse en la boca del lobo, con el propósito de convencer á los recalcitrantes.

Al llegar á la plaza de Juchitán, un cabecilla ebrio, Apolonio Jiménez, el mismo que más tarde tomó parte en el asesinato vitando del General Félix Díaz, propuso que se diera buena cuenta del audaz conciliador. Salvó á Porfirio el prestigio del dominico; momentos antes, en el camino, le había salvado su sangre fría de un grupo de revoltosos que dispararon sobre él. Pero nada intimida á ese hombre de acero cuando se trata del cumplimiento del deber. Sobre todo y sobre todos, por medio de Fray Mauricio les explicó en zapoteco á los ancianos del pueblo, las ventajas y el verdadero espíritu de la Reforma; les convenció de que ni la fe ni la religión peigraban, sino al contrario, se daría á todos libertad plena de conciencia y garantías para ejercerla; les habló y persuadió de tal manera, que esos mismos juchitecos, hombres de buena fe, le acompañaron para batir más tarde al infame Cobos, uno de los que decía defender la religión que nadie atacaba.

Se objetará que los juchitecos no estaban combatiendo. Pues allá va otro rasgo. Cuando el Coronel Díaz acababa de ganar el grado de General de Brigada en la espléndida victoria de Jalatlaco, tan difícil que el General González Ortega, lejos de creerlo vencedor, le suponía fusilado por Márquez, el General Carbajal, jefe inmediato de Porfirio, dando una muestra de lo que eran muchos de los campeones liberales de esa época, iba á asesinar—esta es la palabra—á los oficiales prisioneros que eran en gran número y estaban maniatados. Ya se aprestaba el furioso jefe á disparar su pistola sobre el Coronel Azpeitia, cuando un capitán liberal que vigi-

laba á los presos, le llamó la atención á Porfirio, quien sin cuidarse de que se trataba de su superior jerárquico, le arrebató la pistola á Carbajal y le echó á empellones del atrio. Este hermoso arranque de energía humana, le valió el odio perpetuo de Carbajal; pero le valió también la gratitud de los salvados, muchos de los cuales se pasaron á las huestes de la Reforma; y le valió la aprobación del General en Jefe, que le felicitó ante el Ejército, al imponerle la banda verde.

De otro rasgo habilísimo y trascendental de energía persuasiva y justa hablamos ya al referir cómo después del primer combate que libró en Tulcingo el puñado de hombres que fue el germen del hoy honorable Ejército Mexicano, el General Díaz impidió el saqueo del pueblo y el robo de los fondos ocupados militarmente y que pertenecían por eso mismo á la Nación.

No faltan, sin embargo, quienes duden de la clemencia del General Díaz, por los actos de alta justicia y necesario rigor que se ha visto obligado á ejecutar. Los que tales dudas abrigan, olvidan que «La vida de un hombre, nada significa ante la salud del Estado;» é ignoran también que «La moralidad del hombre privado, es distinta é independiente de la del estadista,» y que «La sangre culpable economiza la inocente.» El sacrificio justo y oportuno de la existencia de los revoltosos irreductibles, salva indudablemente muchas vidas de hombres honrados, pacíficos y útiles, y protege grandes y sagrados intereses.

Como una convincente y admirable muestra de la abstracción que el General Díaz ha hecho siempre de su personalidad en sus altas justicias políticas, citaremos el caso del Lic. Dublán, hombre que le ofendió cruelmente, proponiéndole que se vendiera al Imperio, cuando aquél preparaba el sitio de Oaxaca. En el primer momento de arrebato le mandó encapillar para que le fusilaran; pero en seguida le perdonó, y más tarde escribió de él, á propósito de esa ofensa:

«Afortunadamente el Lic. Dublán sobrevivió lo bastante para reivindicarse hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia *al servicio de la República*, en ocasión oportuna y con buen éxito.» ¡Qué nobleza y qué abnegación por la Patria! Todo por Ella y para Ella!

Como regla constante de conducta que mucho le honra y le enaltece, por más que sea privilegio natural de las almas nobles y ele-

vadas producirse así, el General Díaz ha desdeñado tomar venganza de las injurias de los débiles, y su generosidad es inagotable con sus enemigos personales y con los muchos ingratos que por fuerza ha debido hacer en la vida. Se podrían llenar grandes páginas con el relato de los rasgos de magnanimidad del actual Presidente de la República, para los que le han ofendido y vilipendiado á mansalva, desde la prensa de escándalo y chantaje y para los que le han perseguido y traicionado, sin exceptuar á los que intentaron darle alevosa muerte; todo lo perdona, todo lo olvida con tal que no se toquen los intereses de la Patria.

En la imposibilidad de referir los rasgos que conocemos de la clemencia privada del General Díaz, citaremos algunos que además de ser interesantísimos en sí mismos, son en cierto modo de actualidad por el contraste que ofrecen con los trágicos sucesos á que ha dado origen la feroz ambición personal y la crueldad del sanguinario tirano que oprime á la infortunada República de Guatemala.

Si el General Díaz se resolvió á jugar el todo por el todo tirándose al mar desde al vapor «Habana,» fue porque oyó que el Teniente Coronel Arroyo dijo que estaba resuelto á fusilarle tan pronto como se apoderase de él, asegurando que así tendría el codiciado ascenso, acaso hasta de general, pues preveía que mandando á México al prisionero, el prestigio de éste iutilizaría la captura, y el que la había efectuado sin saber extremar las cosas y echarse la responsabilidad de un atentado, quedaría en pésimo predicamento á causa de su importuna timidez. Sin duda alguna, el raciocinio era exacto, porque mucho habría agradecido Lerdo que le librasen de su formidable rival, dejándole sin responsabilidad aparentemente.

Sabemos ya cómo pasaron las cosas, á la inversa de como lo esperaba el ambicioso Arroyo, quien quedó burlado en sus proyectos, por lo que tocaba á la captura y al fusilamiento; mas no al ascenso, pues el General Díaz, al verle entre los prisioneros tomados después de la batalla de Tecuac, le dijo:

—Queda usted ascendido á Coronel, porque es su grado inmediato, que si no, le daría el empleo de general que tanto ha pretendido.

Arroyo, confundido y avergonzado, le dió las gracias. Después obtuvo el mando de uno de los cuerpos federales.

También un conocido General, que según referimos á propósito del episodio que se desarrolló á bordo del «City of Havana», hizo cuanto pudo por dar caza al prófugo, recibió después el supremo ascenso de manos del mismo á quien había perseguido.

Y es público que igual conducta ha seguido el General Díaz con sus personales opositores de la época de la Noria y Tuxtepec, mientras no intentaron turbar la paz, ni dañar los intereses públicos, pues han gozado de tranquilidad completa y en muchos casos de honores y recompensas, como si nunca hubiesen atacado con la espada ó con la pluma al que les ha colmado de beneficios.

No hace mucho tiempo sucedió que obedeciendo á mezquinos móviles, un grupo de politicastros personalistas, cuya bandería no fué más que el disfraz de bastardas ambiciones, mandó poner enormes piedras en la vía férrea de Pachuca, cerca de un puente por donde debería pasar el Gral. Díaz, con el fin de que el tren descarrilara y aprovechando la alarma, unos asesinos escondidos bajo el puente, dispararan sobre los pasajeros. Afortunadamente, las piedras fueron vistas á tiempo y apartadas de la vía, con lo que desapareció el peligro. Se supo luego quiénes habían sido los culpables; pero no fueron castigados ni perseguidos, pues siguieron en sus altos puestos y gozando de las mismas consideraciones.

En la República del Sur, este atentado cierto y efectivo, no de tragicomedia, habría sido causa de una hecatombe y de una era de terror que acaso hubiera empalidecido la del 93 en Francia. Aquí ni siquiera es muy conocido el hecho, como no lo son otros muchos análogos.

El Presidente Estrada Cabrera, creyendo como todos los miserables, que con manchar á los demás podría limpiarse del cieno en que se ha hundido por sus infamias neronescas, ha sobornado á la prensa amarilla de los Estados Unidos y aun á corresponsales parisienses de diarios españoles, para que arrojen sobre México y su digno Presidente, calumnias tan viles como absurdas, pero que no han llegado á mancharlo, porque las colonias extranjeras, con loable honradez y entera justificación, las han desmentido energicamente.

Bastaría un movimiento de justa indignación del ofendido para determinar la guerra, cuyo resultado infalible á nadie se le oculta que sería reducir á la nada, en muy poco tiempo, al tirano procaz y agresivo, calumniador y asesino.

Pero esa reparación tendría que costar lágrimas, sangre y dinero á los mexicanos, como también al desdichado pueblo guatemalteco, víctima inocente de la maldad de su infame opresor. Por eso el Gral. Díaz ha despreciado las calumnias, y sólo tiene presente ahora, como siempre, el bien de la patria.

Así es como la energía flexible y justa del General Díaz, ha logrado el engrandecimiento nacional por la unión, por el orden y por la justicia. Así lograremos también hacer la felicidad de los que nos rodeen, sabiendo ser enérgicos con nobleza, con humanidad y con rectitud.

XI

MODESTIA, TEMPLANZA Y SOBRIEDAD

«TENER POCAS NECESIDADES Y GUSTOS SENCILLOS,
ES UNA MANERA DE SER FUERTE.»

En las tardes calurosas del verano suele verse en alguna de las avenidas del Bosque de Chapultepec, á un caballero respetable, fuerte y ágil, que se pasea á pie, acompañado únicamente de una dama de porte distinguidísimo. Ambos visten con decorosa pulcritud, pero sus trajes, más que sencillos, son modestos. Aquel hongo castaño, aquel terno de americana de color obscuro, aquella corbata negra que subraya el cuello militar de la albeante camisa, aquel calzado limpísimo, revelan á las claras los hábitos de orden y aseo del buen soldado y denuncian á un antiguo jefe del Ejército, en traje civil. De la calidad de la dama no cabe dudar: es una gran señora; lo dicen el buen gusto del atavío y hasta el más ligero ademán de la que lo honra. Mas respecto de la fortuna de la interesante pareja y en cuanto á su posición social, si no fuera por el



Señora Carmen Romero Rubio de Díaz, dignísima esposa del señor Gral. D. Porfirio Díaz, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

majestuoso continente, por la fuerza irresistible de la serena mirada del caballero, y por el aire de suprema distinción de la dama, para quien no les conozca de vista, sería imposible sospechar por las apariencias, que tuvo la fortuna de ver en una de las fases más simpáticas y ejemplares de su vida privada, á uno de los hombres más grandes, ilustres y poderosos de su tiempo, y á su dignísima compañera.

¿Dónde están los trenes fastuosos, y los séquitos de militares y cortesanos, y los brillantes dragones que acompañaban por doquier al tristemente célebre dictador Santa Anna? Inútil es buscar nada de eso en torno de este gran mexicano y gran demócrata que se llama el General Porfirio Díaz y que apenas se aviene, cuando desempeña funciones oficiales, á rodearse del aparato estrictamente necesario para realzar la dignidad de su altísima investidura. No está por demás hacer constar que la posición política, moral, material, pública y privada del actual gobernante de México, no es siquiera comparable, ni dentro ni fuera del país, con la de ningún otro gobernante mexicano. No obstante lo cual, lejos de embriagarse el General Díaz con tamañas grandezas, tan positivas y estables como bien ganadas y merecidas, no parece sino que á medida que crece su poder y se agiganta su figura, sus gustos y sus necesidades se simplifican y reducen, por efecto natural del contraste entre el valer del hombre público y las costumbres del particular.

En realidad no hay de qué extrañarse, porque toda la vida del General Díaz está llena de rasgos de templanza, sobriedad y modestia.

Es error del vulgo admirar la virtud del cartujo ó de la monja que encerrados en el monasterio, sólo sufren tentaciones imaginarias, y no podrían cometer ciertos pecados aunque quisieran. La verdad es que tales virtudes á puerta cerrada, además de ser inútiles, son dudosas, y probablemente, no sabrían vencer la primera tentación real y efectiva.

Virtudes heroicas, asombrosas, ejemplares, son las del que supo conservarlas en aquella época en que no sólo no eran mal vistos los vicios y los desmanes, sino que por el contrario, daban prestigio y hasta se echaban de menos en el soldado. Ser probo mientras todos robaban y saqueaban; ser bueno al lado de los libertinos por costumbre; ser sobrio entre los bebedores; respetar el honor de la mujer indefensa, y aun hacerlo respetar de quienes consideraban la vio-

lación como un pecadillo venial; economizar y defender los fondos públicos, en un tiempo en que la mayoría no pensaba sino en dilapidarlos ó apropiárselos; finalmente, resignarse á ocupar los puestos oscuros, cuando ni los lamentos de agonía de la patria bastaban para acallar á los ambiciosos que se disputaban destempladamente el poder: estas son sus virtudes, mas no parecen de hombres, por lo excelsas y probadas.

Y estas son las virtudes del General Díaz. Mientras duró la lucha con el extranjero; sólo ambicionó combatir en primera fila, en el lugar de más peligro, y su único anhelo, sublime por lo noble y desinteresado, fue poner el pabellón nacional en manos del Presidente Juárez, para que éste lo izara, victorioso y cubierto de gloria, en el Palacio Nacional.

Cumplida esta ambición digna de un paladín de las leyendas caballerescas, el que había logrado el triunfo definitivo de la patria, se retiró modestamente á la vida privada.

Todos conocemos, pero pocos estiman en lo que vale moralmente, la respuesta que el General Díaz da por regla fija á cuantos le felicitan por su obra política, sin ejemplo en la historia:

—«Me han ayudado, he tenido buenos colaboradores, el primero de ellos, el pueblo mexicano.»

¿Qué hombre, qué gobernante célebre, qué soberano en la cúspide del poder y de la gloria, ha sabido dar semejante respuesta?

Aquí cumple tomar en cuenta una de las grandes influencias benéficas que seguramente han pesado mucho en los destinos del Gral. Díaz: la de la virtuosísima y noble señora que con sin igual dignidad comparte las glorias y endulza las fatigas del genial estadista mexicano.

Y puesto que para hallar la explicación verdadera de incontables sucesos históricos de inmensa trascendencia, es preciso acudir á la célebre regla: «Buscad á la mujer,» porque tal método de investigación pone siempre de manifiesto uno de los resortes más poderosos de la conducta de los hombres, sería ilógico no hacerlo así en este caso, tanto más, cuanto que de la incontestable y notoria grandeza moral, intelectual y social de la digna compañera del Gral. Díaz, es forzoso inferir que su acción ha debido ser muy profunda y muy favorable.

Un hecho de general observación desorienta á primer examen: la señora de Díaz no se mezcla en la política. Ahondando más, aca-

so este mismo hecho sea la clave de la felicidad de ese hogar modelo y la causa indirecta de que nuestro gran gobernante conserve siempre lúcidas y vigorosas sus excepcionales facultades.

Para que «el hogar sea el premio de los hombres honrados,» es indispensable que realice el mito simbólico de Anteo y la Tierra; sin esta condición, el hogar es castigo y no recompensa, porque el luchador necesita reparar las fuerzas para seguir combatiendo. La historia se encarga de confirmar esta verdad refiriéndonos que, salvo contadas excepciones, los jefes de Estado cuyas consortes se han inmiscuido en los negocios públicos, aparte de haber sufrido graves fracasos, vivieron infelices y tropezaron con tremendas dificultades para llevar á término su obra, cuando á buen componer lograron darle fin y remate.

Tuvo razón, pues, el Rey Sabio al decir que «El mayor tesoro que puede hallar el hombre es una mujer prudente;» y sin duda alguna, el Gral. Díaz supo descubrir ese tesoro preciosísimo, siendo así que su ejemplar esposa se contenta con reinar en los corazones de los mexicanos por su inagotable caridad de gran señora que sabe dar con nobleza para obligar la gratitud.

Es harto frecuente observar cómo algunos hombres que hasta un momento dado parecían tener ante sí halagüeño porvenir, á juzgar de su laboriosidad, de sus talentos, de la sencillez de sus gustos y de la entusiasta energía con que emprendieron la lucha por la vida, de pronto desiertan, se abandonan á la fatalidad, cual si en ellos se hubiese paralizado súbitamente la fuerza que les impulsaba, y se entregan al vicio, que en breve les consume y aniquila. El mundo ríe ó llora un día, hace comentarios frívolos y al fin se encoge de hombros. Si queréis saber la causa profunda y verdadera de la caída lamentable de esos hombres, buscad á la mujer, repetimos: no eran felices en sus hogares, y por eso los abandonaron, anhelando hallar paz, descanso y amor en otra parte; funesto espejismo que causa siempre irreparables desgracias.

He aquí por qué la verdadera y quizás la única solución del espantable problema humano del alcoholismo, está en la educación de la mujer para el hogar. Cuando se tiene una compañera adornada con las relevantes cualidades morales de la esposa modelo que cupo en suerte al Gral. Díaz, sólo un degenerado sin redención podrá preferir en las horas de prueba la excitación insana ó la insensibilidad estúpida de los estimulantes al consejo lúcido y á

os consuelos inefables que da la mujer amante. «Lo que la mujer quiere Dios lo quiere, decían los caballerescos paladines, en los tiempos heróicos de las cruzadas. Ojalá que los hombres no olvidásemos tan á menudo esta gran máxima, eterna como la humanidad. Quedan ya muy pocos paladines, pero por ley natural in-contrastable, el hombre seguirá siéndo lo que la mujer quiera que sea: grande ó miserable, generoso ó mezquino, útil ó pernicioso. Todo depende de que sepa atarlo con cadena de flores al hogar amable, santo y reconfortador.

Consecuencia de lo dicho es que á la envidiable armonía y á la paz venturosa de su vida íntima, deben atribuirse en parte muy principal la prodigiosa resistencia del General Díaz para el trabajo y el perfecto equilibrio de su espíritu, constantemente inclinado al bien y dispuesto á la clemencia.

Hablar de la sobriedad del General Díaz, sería redundancia; y de la pureza de sus costumbres, podría decirse lo que de pocos hombres. Pero de la Influencia de esas virtudes sobre nuestra sociedad, sería olvido imperdonable no hacer constar que hubiera sido imposible llevar á cabo tan pronto y tan completamente la regeneración de nuestro corrompido y desorganizado medio político, sin ese alto y constante ejemplo, que cuando no ha logrado corregir á los viciosos empedernidos, les ha obligado, por lo menos, á esconderse y á avergonzarse.

He aquí lo más bello y lo más útil de las virtudes en acción: la ejemplaridad. Y he aquí cómo puede un hombre vivir feliz y respetado largo tiempo sobre la tierra: siendo modesto, siendo sobrio, dominando las pasiones, usando y no abusando de la vida.

XII

EL DEBER DE LOS DEBERES

BUEN PADRE, BUEN CIUDADANO.

Allá en apartada y tranquila calle del rumbo occidental de la ciudad, yergue su torrecilla fina y esbelta un pintoresco *chalet* campestre. Se halla como extraviado y fuera de lugar entre las elegantes fincas urbanas que lo rodean, porque cuando fue construido, la que es hoy asfaltada calle metropolitana, no era sino desolada campiña de extramuros, teatro de los sangrientos combates que frecuentemente se libraban en torno de la vecina *Ciudadela*, sin esperanzas de que el derramamiento de sangre mexicana cesara, ni menos aún de que la capital extendiese hasta allí sus esplendores. Es además muy modesto el *chalet* de que se habla, porque su primitivo propietario lo edificó venciendo no pocas dificultades, en razón de que á pesar de haber manejado grandes caudales públicos, no retuvo de ellos nada para sí, y no obstante haber prestado eminentes servicios á la patria, se contentó con la mejor de las recompensas: la satisfacción del deber cumplido.

Trasponiendo la verja del minúsculo *chalet*, se descubre adosado á ella un cartel anunciador de que allí se expenden los quesos y la mantequilla fabricados en la hacienda de Paté, lo cual indica ser aquella la mansión de un empeñoso agricultor que atiende personalmente su industria. Alegran y poetizan el jardinillo que rodea el *chalet*, las risas y los juegos de dos rapazuelos rubios y llenos de vida, á quienes vigila con amorosa mirada una joven rubia como ellos y de tan delicada y exquisita belleza, que parecería desprendida de un cuadro de Lancret, si no fuera por el sencillísimo traje de percal negro, que ennoblece con su distinción.

Todo en aquella morada revela felicidad, alegría, bienestar, honradez, laboriosidad, pero no fausto, ni siquiera riqueza: tal es el hogar del señor Mayor de Ingenieros Porfirio Díaz, hijo del Jefe de la Nación Mexicana.